

# LA APARICIÓN DE UNA FAMILIA

Alberto Marín Castro



Mai Mai  
Galleries



LA APARICIÓN DE UNA FAMILIA  
Alberto Marín Castro

Mai Mai  
Gallery

Primera edición en *Mai mai gallery*: noviembre 2014  
Segunda edición en *Mai mai gallery*: noviembre 2020

© Alberto Marín, 2016.  
Inscripción de Propiedad Intelectual N° 281916.  
ISBN: 978-956-402-405-9

Impreso en Chile

para Begoña



ESTOY UN PERDIDO y la Jimena del Carmen, ídem, y lo peor es que nadie nos busca. No hay avisos de radio que digan: «Se gratificará, con un Barril Millonario al que devuelva niños perdidos, etc., etc.», ni cosa por el estilo. Porque mi familia es de esa gente que busca las cosas perdidas, pero jamás la fruta ni la plata ni los parientes. Tampoco buscaron a la tía Ema, sino que dijeron siempre: la Ema es una perdida, y se acabó el cuento.

**Marcela Paz. Papelucho perdido.**

...pero al menor descuido se borrarán las señales de ruta y de ésta vida al fin, habrás perdido toda esperanza.

**Juan Luis Martínez. La nueva novela.**





Hacía calor y estábamos en una clase de castellano, o al menos como buen aspirante a novelistas eso es lo que quiero recordar. Estábamos inquietos y poco afanados en la tarea asignada. El profesor, que además era el profesor jefe, tuvo la ocurrencia de dibujar un cubo en el centro de ese infinito pizarrón negro. La tiza sonaba cada vez más fuerte a medida que nos íbamos silenciando y volteando hacia al frente. No debo haber sido de los primeros en darme cuenta, pero ya estaba bastante atento cuando lo finalizó y dijo con voz clara y enérgica: si se concentran y en silencio miran fijamente la figura (que para ese entonces no sabía que se llamaba cubo) notarán que mágicamente gira.

Hoy desperté con ese extraño recuerdo de primero básico. Si me pregunto qué más recuerdo de esa edad, el resultado no pasa más allá de ese cubo y una que otra escena que me sonroja o que me entristece aún hoy.

Los recuerdos de infancia nunca tienen data exacta ni son tan recurrentes en mi, más bien siempre son asociativos a alguna imagen, a alguna fotografía, a algún olor, debe ser por eso que traté de buscarle algún significado extraordinario a un suceso ordinario, a uno de tantos recursos pedagógicos de profesor básico. A propósito, no soy profesor, pero hago clases por ahora. Sí, ese *“por ahora”* que se hace eterno tal como la espera a que el cubo gire y cambie de cara en el pizarrón, pizarrón negro que se hacía cada vez más inmenso frente a todos nosotros. Decir *“por ahora”*, hoy, es un consuelo, tal como cuando se toma la decisión de dejar de hacer algo habitual, pero a partir del día siguiente. Mi madre y su intención de dejar el cigarro puede ser un buen ejemplo. Ese gesto, ese espacio de tiempo, ese proyecto, después de todo, es lo que nos mantiene despiertos y nos permite llegar a la siguiente mañana más o menos tranquilo, más o menos afanados en algo por hacer.

Ya era mediodía y el famoso sueño del cubo había girado bastantes veces en mi cabeza. Fui a almorzar a la casa de mi madre, que más bien es la casa de mi abuela, conversamos un poco. En esa casa crecí y de ahí mismo debí salir aquel día en que el profesor cruzó la pizarra con su tiza marcando las doce líneas que también se rayan en mi memoria.

El camino a la Escuela era fácil, nunca había que doblar y sólo una avenida de doble sentido se presentaba como el obstáculo más complejo de sortear para un niño de primero básico, algo así como ese juego de Atari.

Mi madre me iba a dejar, no recuerdo cómo volvía ni con quién lo hacía. Me gusta pensar, para efectos literarios insisto, que regresaba con mi padre, quien sí es profesor y trabajó algún tiempo en la misma Escuela a la que me mandaron.

Mi madre y mi padre no vivían juntos, pero afortunadamente para trámites parentales, literalmente vivían uno al frente del otro. Corrijo, sus madres, que eran con quienes vivían (sus padres habían muerto tiempo atrás), tenían su casa una al frente de la otra. Lo de ellos asumo fue un amor de barrio mezclado con imprudencia e impericia adolescente.

Voy camino de vuelta al trabajo y en la radio los comentaristas deportivos predicen qué sucederá en los encuentros a disputar en la recta final del torneo de clausura que se juega paradójicamente a principio de año, cosas del fútbol. Apenas paso a la sala de profesores y me meto raudo a la sala del quinto año básico b con la secreta esperanza de que algo significativo se me ocurrirá en el rato que resta para que comience con la clase de artes; no hay nada más vertiginoso que una de esas nuevas pizarras en blanco. Tomé el plumón, escribí, y no sé si marqué algo importante para ellos o sólo quería hacer algo por no borrar la marca de ese día de primero básico. No hice un cubo, pero el resultado todavía me sigue dando vueltas en la cabeza.

\*

La ciudad nunca tuvo construcciones tan altas, las dos cordilleras se veían sin problema desde los columpios de la Población, incluso, si uno miraba hacia el suroeste (como en la película) era fácil observar un añoso pino y una tropical palmera inclinada que se encontraban en la Plaza de Armas. Esos dos elementos eran los único que hasta ese entonces rompían con la regularidad del horizonte.

A pesar de todo, la cuadrícula española hizo de ésta y otras ciudades que las cosas quedaran bien claras desde el principio: edificios institucionales y bancos al centro; en el segundo anillo construcciones sólidas para quienes podían pagarlas; sanatorios y pobladores recién llegados hacia la periferia.

El edificio que cortó el horizonte de la ciudad se llamó Renacimiento y los espejos junto a los equipos de aire acondicionado colgando de su fachada dominaron las alturas por bastante tiempo todo el segundo anillo del centro de la ciudad.

A pesar de mi corta edad no me costó tanto darme cuenta del salvoconducto que significaba poder estudiar en un Colegio y no en una Escuela, así como también que las diferencias se marcan desde el nombre y desde el apellido. Llevar el uniforme de un Colegio, pagar por un Colegio, no solo es sinónimo de una posibilidad económica, sino que, en provincia, esta larga

y recta provincia, también es signo de jerarquía y estatus social que se valora y respeta hasta ahora.

Pasearme por todo el edificio después de clases, entonces, no me costó mucho; no llamaba la atención de nadie puesto que cualquiera de esas oficinas de abogados podría ser la de mi padre o cualquiera de esas consultas de dentistas la de mi madre, o en otra combinación posible, cualquiera de esos abogados que poblaban el edificio podría estar atendiendo a mis padres o cualquiera de esas dentistas podría haberme citado para revisar mis braquets, lo único que podía delatarme dentro de esta última combinación eran mis dientes chuecos sin frenillos que los conservo hasta ahora. Al poco tiempo de deambular entre ascensores y escaleras descubrí que en el último piso había una escalera detrás de la sala de motores del ascensor que daba a una puerta que llevaba al techo del edificio. No era la primera vez que veía la ciudad desde arriba ya que había un cerro en ella que visitaba frecuentemente, pero sí la primera vez que la veía desde esa perspectiva, desde el centro, específicamente desde el segundo anillo. Solía ir solo y me gustaba ubicar mi casa, el estadio, el velódromo, el regimiento, el hospital y los silos que con esfuerzo se veían más al fondo como si estuvieran contruidos de agua o de alguna gelatina. Cada vez que me asomaba al borde sentía una extraña sensación en la parte baja de mi estómago, no mareos ni vértigo, sólo esa extraña sensación en la parte baja de mi estómago que parecían cosquillas o como si hubiese realizado mil abdominales en la clase de Educación Física.

Ahí mismo tuve mi primera y única incursión literaria, se trataba de un pequeño cuento escrito en ese mismo lugar con el evidente título de "*Caída libre*".

No sé cómo la conocí, pero sin mediar tanto decidí mostrarle mi pequeño lugar en el mundo ya que también, a ciencia cierta, era una posibilidad de estar solos y lejos de todos. El primer objetivo se cumplió con creces, se impresionó y sonrió al abrir la puerta de la azotea del Renacimiento. Mientras conversábamos no podía dejar de pensar en que si no usara esas gafas de sol de ese color tan ridículamente extraño ella sería de todo mi gusto, al rato me reprendí por pasar por alto que ella era santiaguina y que de seguro era yo el que no estaba acorde a esa tarde de sol, después de todo, los jeans y la polera de Sonic Youth conseguida años atrás en la Recova de La Serena no eran del todo glamurosos. Fue así como di mi primer beso, entre vergüenza y las cosquillas en el estómago por la altura y cercanía al borde o, nuevamente tomando en cuenta los distintos factores, entre el pudor y el cosquilleo de sentirse correspondido.

En realidad, había otro edificio alto en la ciudad, pero el color colonial de su fachada nunca

me permitió reconocerlo, para mí y hasta ahora, el Renacimiento sigue siendo el edificio más alto del lugar, aunque los equipos de aire acondicionados le tengan los espejos y el concreto con manchas cada vez más grandes a causa de la humedad y los hongos. Las peluquerías, las oficinas de cobranzas e isapres que hoy lo pueblan, por cierto, no le han quitado un gramo de la presencia que en mí el edificio tiene, los contadores, tarotistas y oftalmólogos tampoco.

Hoy vivo del otro lado del cerro, fuera de los anillos próximos a la Plaza de Armas, a veces recuerdo que el edificio existe y es gracioso caminar por afuera y mirarse desfigurado en sus espejos.

\*

El orden era el siguiente:

- 1.- Dirty Boots
- 2.- Tunic (Song for Karen)
- 3.- Mary-Christ
- 4.- Kool Thing
- 5.- Mote (mi favorita)
- 6.- My Friend Goo

Ahí saltaba el play y tenía que poner por el lado B el cassette maxell de 60 minutos y seguían las restantes:

- 7.- Disappearer
- 8.- Mildrel Pierce
- 9.- Cinderella's Big Score (también increíble, también favorita)
- 10.- Scooter + Jinx
- 11.- Titanium Exposé

Me costaba pagar las cuotas del curso, me gastaba los cien pesos en mil cosas (dudo que mil pesos puedan alcanzar para cien cosas hoy), sobres de láminas de algún álbum, cocadas, dulces de a peso, kegol, lo que fuese daba igual. No pagaba o pagaba muy poco a la tesorera que ya a esa altura del año ni pasaba con el cuaderno de finanzas por mi puesto. No sé cómo ese fin de año pude viajar a La Serena, gestiones y pagos retroactivos de mi mamá o mi papá es lo más lógico.

Junto con recitar de memoria la lista de canciones del cassette, sabía que esas canciones y ese grupo en particular eran un poco más que música para mis oídos. Ya amanecía y las

guitarras comenzaron a escucharse más y más lentas, como si las cuerdas de la guitarra de Thurston Moore fuesen de chicle y el compás de la canción más y más largo hasta que ya no sonó más. Estábamos pasado de Los Vilos y las duracell ya habían entregado bastante. Venía despierto, pero fue la primera vez que observé el paisaje que a contraluz se revelaba detrás de las cortinas azul marino del bus, nunca había visto algo así, nunca había llegado tan al norte y, es como si pasado el cruce hacia Canela las piedras se hubiesen puesto de acuerdo para aparecer una tras otra, es realmente la entrada al norte y lo comprobé.

Venían un par de parejas ya armadas desde la Escuela o, mejor dicho, Colegio, y un par más nuevas gracias al encierro hormonal del largo trayecto en bus. Las imágenes del resto del viaje se resumen en una especie de alameda con unas estatuas blancas (de seguro réplicas baratas hechas en yeso y esmaltadas cada primavera), una feria ocasional de juegos, una fabrica de pisco, el pueblo de Gabriela Mistral, un caracol donde me gasté todo el dinero que me habían dado en un CD (lo más irresponsable de la compra no es el gasto total de mi presupuesto, sino que ni siquiera tenía equipo reproductor para escucharlo) bueno y la Recova. Solo imágenes, nada muy hilado o lineal ¿dije que los recuerdos son siempre asociativos? He pensado mucho en eso. Pero lo importante de ese viaje más que el paisaje fue una polera que de contrabando me compró una compañera, en realidad fue técnicamente un regalo, me gusta pensar que fue un regalo, sí fue un regalo. Fue un regalo. En cuatro o cinco días debo haber ido a ese puesto de feria más de diez veces y debí preguntarle a esa pareja en unas cien oportunidades cuál era el precio de la polera y qué quería decir talla única, cada pregunta escondía la secreta ilusión de que la respuesta fuera un precio miserable o que simplemente me la regalaran por venir de lejos, qué sé yo, que ocurriera algún milagro. Nunca pasó nada ¿Qué hacia esa polera entre las muchas más de batik de ese puesto?

- Llévatela.

- ¿En serio?

- Sí, yo la pago.

Sacó el dinero muy rápido, pagó y se fue. En la Casa de Ejercicios donde nos alojábamos no nos saludamos ni nos hablamos en todo el resto del paseo, en realidad quería hacerlo, pero nunca sus ojos, que eran bien grandes, se cruzaron con los míos para darle las gracias o, al menos, compartirle una sonrisa cómplice como acto de gratitud. El pololeo adolescente siempre es intenso y los celos de su novio de creo que repercuten hasta ahora. Muchos años después hablamos, la miré a sus ojos grandes, le di las gracias y volvimos por algunos días

el tiempo atrás.

Poco después de llegar, mi madre me preguntó si me gustaría visitar a mi tía Ximena, así, con *x* no con *j* como la Jimena del Carmen, no lo podía creer, en el mismo año recorrería gran parte del territorio del país. En Puerto Montt esa vez no hice más que caminar, pedalear e ir al muelle para que el viento me despeinara y moviera mi polera que, a esa altura, admiraba como si fuera el tesoro máspreciado.

Gasté hartas pilas escuchando la banda sonora de mi adolescencia, me gustaba escucharla vistiendo *grunge* con la polera de la portada del disco *Goo* de *Sonic Youth* que no me sacaba ni para dormir, eran ya prácticamente mi uniforme, uniforme que usaba después de sacarme el otro uniforme, ése que era un poco más incómodo y me esmeraba tanto en no usar.

\*

Esperanza, Consuelo, Piedad, todos nombres de mujeres que por casualidad conocí y que no puedo dejar de pensar en cómo esas cualidades o valores pueden nombrar a alguien o, cómo alguien puede nombrar con tales valores o cualidades a sus personas. Los nombres, en general, son palabras que se repiten hasta el hastío para luego perderse en su significado, significado que se extravía para que con suerte se gane otro o cierta sonoridad más agradable.

Hay nombres que al igual que las personas desaparecen: ¿Quién a demás de otro Raúl puede nombrar Raúl a su hijo? O Alberto o Juana o Teresa o Alejandro, no se si Pablo, pero si Sergio y Roberto. La oscilación de la tendencia de nombrar y significar las cosas también se extrapola a los nombres.

Martina, Sofía, Florencia, en cambio llenan las listas de estudiantes de cuanta Escuela y Universidad existe, lo mismo que los Benjamín, Vicente y Martín.

No puedo dejar de pensar en que ya nadie nombrara Roxana a su hija o Rigoberto a su hijo. Hay nombres, insisto, que se pierden en el más absoluto abismo y a nadie parece importarles: Isabel, Eduardo, Raimundo, Mauricio, Monserrat, Gustavo, Luis, Ismael, Mónica, Miguel, Rómulo, Dorotea, Mario.

A propósito, Luis, más que un nombre, creo fervientemente que es un pre- nombre que anticipa otro más largo. Dudo mucho de quienes son nombrados tan sólo Luis.

Los nombres y las personas, las palabras para llamar personas: son sonidos que se van perdiendo en sus significados.

\*

Mi estimado Luis, muy buenos días.  
Quisiera hacer un último intento de persuasión, pues claramente en esto consiste mi “adorable” trabajo.

Me he tomado la osadía de hacer un mail un poco menos formal, pues imagino será para usted más grato de leer.

Hay una campaña, creativamente llamada “campaña dxp” (descuento por planilla) y usted, mi estimado Luis, nuevamente aparece en la lista. Esta vez por un monto más alto que el anterior.

De todas maneras tengo algunas propuestas que tal vez le parezcan atractivas, o bien no le gusten para nada, y me diga que me vaya a... algún lugar a los que la gente acostumbra enviar a quienes les hacen perder el tiempo o mandan mails con ofertas y esas cosas.

Esperando que la segunda no sea su opción, detallo con entera honestidad las cifras que el sistema me dicta.

Atentísima a comentarios o dudas.

Hasta luego y qué tenga un buen día mi estimado Luis.

\*

Todo círculo siempre me da la impresión de cierre, de que nadie más puede calzar en él al menos que sea otro círculo, lo mismo que en un club, y no es que no me gusten, pero hay algo de exclusión ahí que me incomoda.

Ayer hablamos, nos reímos harto, nos contamos algunos secretos de los cuales no estábamos al tanto y te seguiste riendo, no parabas de reír; recordabas cuando te conté cómo fue la primera vez que me patearon, de la canción que sonaba de fondo, incluso del lugar. ¿Por qué algo tan trágico nos causa tanta risa? Saber eso, que únicamente nosotros sepamos eso, ahora

que lo pienso, es como un círculo, un círculo en donde sólo dos personas entran. Un tú y un yo. Entonces, nosotros dos, tú y yo, somos un círculo. Tú y yo, somos un club. Un club de esos en que nadie más calza, esos que excluyen, de todos modos, todo acto de elección es un acto de exclusión aun más grande.

En la tarde del día viernes, estoy seguro que el día era viernes, me dijo una niña que yo le gustaba, ella a mí no, pero en realidad quién sabía a esa edad qué era gustar o precisamente qué tenía que gustarte de alguien para saberlo, para sentirlo; le dije que a mí también me gustaba, no sé si mentí por no querer decepcionarla o por no querer decepcionarme, me dijo si quería pololear con ella, le dije bueno y se fue. Así no más, se fue y no me dijo nada más, no me dio un beso (que en ese momento se pudo haber transformado en mi primer beso) y se fue. No le tomé asunto, más tarde, ya en casa, el tiempo transcurría lento, miraba una y otra vez el reloj de la cocina, luego, inconscientemente, procuré peinarme con algo más de gel que lo acostumbrado y le saqué escondido un poco de colonia a mi primo que por ese entonces vivía también en la casa de mi abuela. Algo debe tener esa casa que todos en mi familia o quienes la orbitan de una u otra manera están volviendo a ella para encontrarse no sé con quién, no se con qué.

La fiesta de cierre del aniversario del Colegio transcurría igual que la de años anteriores, los mayores conversando con otros apoderados o con algún profesor al son de un café en vasos de plumavit blancos, los menos mayores haciendo cosas de enseñanza media en los mismos vasos blancos que encontraban desparramados en el piso y nosotros, nosotros turnándonos entre jugar a la escondida y al pillo sin terminar de entender lo que alrededor pasaba. A ratos me detenía a ver a los de media bailar, los admiraba, con detención trataba de ver quiénes se estaban besando o quiénes podían estar por besarse en cualquier momento, a veces apostábamos por los que primeros lo harían basándonos en acuciosas observaciones de postura de cabeza, manos, miradas o contando, por ejemplo, las veces en que ella se llevaban las mano al pelo o él levantaba las cejas. Después, mientras seguía mirando, silenciaba mentalmente la música y me reía de lo ridículo que se veían todos en la pista de baile. Todo iba bien, regresaría tarde a casa, la casa de mi abuela, ésa a la que todos en mi familia de una u otra manera vuelven.

Después de horas de observar, comer y correr por el recinto descansaba sobre un parlante que más bien parecía un gran cajón negro, miraba la pista de baile con la misma dinámica de siempre: admirar, intuir y reír, en eso estaba cuando irrumpió sin previo aviso mi flamante primera polola, a pesar de la oscuridad, la combinación de círculos de colores y reflejos de la esfera de espejos del centro me fue imposible esconderme, estaba como una escultura sobre



su plinto, congelado e inmóvil. De un momento a otro me pareció ser el más visible del Club de Leones, me dijo hola y le dije hola, me preguntó si bailábamos y le dije que no sabía, creo que no me escuchó o no entendió porque preguntó nuevamente, le dije que sí, tomó mi mano, me enrojecí y sentí observado. Su mano era suave y fría, siempre las mujeres a que les he tomado la mano la tienen entumida. Comenzamos con un suave ritmo a un costado de la pista de baile, en la periferia, el lugar destinado para quienes pretenden entrar a un territorio nuevo, el lugar destinado para los recién llegados. Mis pasos no fueron torpes, me sorprendí con buen ritmo y coordinado, cuando me atrevía a mirarla la música en mi cabeza desaparecía y la veía de modo ridículo, trataba de moverme hacia el centro de la pista para que mis compañeros de curso no me vieran, fue inútil y por sobre el hombro de mi pareja de baile desfilaban uno tras otro haciendo gestos y muecas de todo tipo. No hay más, ahí estábamos, dos niños en una pista de baile en la cual éramos nuevos al ritmo de canciones que no nos pertenecían; pienso que así termina la infancia: con la inclusión en un terreno nuevo a un ritmo que no es propio sino de los mayores.

*I guess now It's time, for me to give up*, la música lenta hizo que nos abrazáramos torpemente; *I feel It's time, got a picture of you beside me, got your lipstick mark still on your coffee cup*, ésta avanzaba y cada vez me sentía más a gusto y más cerca; *got a fist of pure emotion, got a head of shattered dreams*, su olor me gustaba, definitivamente su olor fue lo primero que me gustó; *gotta leave It, gotta leave It all behind now*, creo que fue la primera vez que sentí ganas de besar a alguien; *whatever I said, whatever I did I didn't mean It*, de pronto, sin esperarlo y sin preámbulo ella me dice al oído que terminemos, que ya no quiere seguir conmigo; *I just want you back for good*.

El baile es una incursión en un territorio en donde el cuerpo tiende a desaparecer, un lugar en donde no sabría leer la ruta ni tampoco encontrar el camino de vuelta.

No me rompió el corazón, estuvo muy lejos de hacerlo, pero lo que hago ahora, justo ahora, como en esa canción, es volver por lo bueno.

Luego desatendí lo que pasó junto a un completo y una *kem* piña, jugué al pillo con los que sobrábamos de la pista de baile y el vecino-profesor con quien debía irme me fue a dejar a casa. De más grande me la pasé en eso, repitiendo varias veces el modelo, en cuanto me enamoraba despabilaba y salía corriendo, persiguiendo algo o a alguien.

Eso era lo tan gracioso que me permite robarte tantas sonrisas, lo que nos hizo acortar la tarde de ayer tirados en la cama, la historia de mi casi primer beso, de los escasos primeros besos

que di alguna vez y que ahora te pertenecen todos en una especie de contraseña íntima, contraseña que nos permite entrar donde únicamente nosotros dos podemos entrar, ese lugar que excluye al resto, nuestro propio club. Un círculo.

\*

Nueve de agosto y ayer llamé a mi madre para desearle un feliz cumpleaños, nuevamente erré, ahora sé que es el diecisiete. El de mi padre en septiembre, no sé qué día.

Pedro Lira pintó en un par de ocasiones a Pablo Burchard, una de joven y otra ya de mayor, Pedro Lira escribió un diccionario biográfico de artistas. José Miguel Blanco y Pedro Lira no se llevaban, la escultura y la pintura se llevan a donde mismo. Valenzuela Puelma siempre se me confunde con Valenzuela Llano, son como mis Manet y Monet de la Historia de la Pintura Chilena. La “Lección de geografía” a veces me da ternura y otras, confieso, algo de miedo, al igual que “La perla del Mercader”.

Tiendo a confundir las cosas, los cumpleaños, los nombres, las caras, las fechas, los pintores, los escritores, los recuerdos, los autos en los estacionamientos y los números primos; del resto tengo algo de certeza. Antes, cuando comenzaba a dejar de ser niño, traducía canciones del inglés y las transformaba en los que fueron mis primeros y únicos poemas, ahora sé que siempre el poema es una traducción de algo o de alguien. Los poemas eran perfectos, limpios, precisos y muy sonoros. El libro que los aglutinó era de una hermosa edición que se tituló “Canciones para aprender a cantar”. No tenía idea de inglés y eso me ayudó mucho, las traducciones en estricto rigor eran erráticas, intuitivas, pero ¿qué traducción no es errática? Llegaba a escribir tres o cinco poemas diferentes de la misma canción. Errar en mi vida es una manera de corregir lo creado. Errar desde hace un tiempo, al igual que olvidar y confundir, es sobrevivir.

\*

Hoy almorcé con mi padre, donde siempre y como siempre comimos lo mismo, me gusta eso, no hay manera de errar, olvidar o confundirse.

En el año 1979 o 1980, de todos modos, antes de que yo naciera, mi padre escuchaba un cassette que al ritmo de la cumbia y otros sonos centroamericanos lo instruían en

conocimientos paramilitares. El cassette se lo pasaron los mayores, sus mayores, los mismos que posteriormente se quedaron con todo menos con el cassette blanco de canciones de instrucciones paramilitares. Una barricada, un *fal*, una tanqueta, pacos, molotov, milicos, la DINA, mi tía Dina, todo se confunde y para mi padre, al igual que para sus coetáneos, de esa confusión sólo les quedó una deuda por el crédito fiscal y la mirada desde lejos hacia los mayores que lograron la vuelta a la democracia.

No sé si mi padre es feliz, nunca se lo he preguntado.

Cuando me preguntaron si era hijo de padres separados contesté que no ¿cómo voy a ser hijo de padres separados si mis padres nunca se casaron? Ni esa condición tengo. Yo soy Huacho y tú Pochocha.

\*

Hablamos de mis temas, en realidad escuchó mis temas que no son muchos (pintura, libros, clases, bicicleta y pare de contar). Me preguntó por mis padres, por los padres de mis padres y por los padres de los padres de mis padres. Me habló del cuerpo, yo sentía olor a naranja, autos pasaban cortando la luz que se filtraba por las persianas. Me contó cosas sobre el color morado o lila o como quiera que se llame.

Antes de entrar ahí me quedé sentado un rato en el auto.

Llegué quince minutos antes. Sentado en el auto reafirmo que el fútbol siempre me es más creativo por la radio (creo que eso ya lo he dicho o he escrito por algún lugar), luego intenté entrar, pensé que estaba cerrado, una niña me abrió la puerta, ella no era la misma de la otra vez, me indicó donde sentarme, yo ya sabía, ella leía en voz baja, que para el silencio existente equivalía a leer en voz alta, no pude descubrir a ciencia cierta que leía. Con cinco minutos de retraso entré, insisto, el olor a naranja se sentía en toda la habitación. Salí y volví al auto, siete gotitas a mi boca y encendí la radio nuevamente, los comentarios de actualidad no me entretienen ni informan, el tráfico es moderado, llego a tiempo al trabajo, respiro en cuatro tiempos como se me aconsejó, sonrío, limpio las gafas de sol y las guardo. Apenas paso a la sala de profesores y me meto raudo a la sala del quinto año básico b.

\*

Suena el teléfono, dejo de escribir, atiendo y es mi madre, de un tiempo a esta parte las conversaciones con ella son más breves pero amenas, me gusta escuchar que está dejando de fumar y que amenaza con que en cualquier momento puede recaer, sé que es difícil la situación pero creo que la alivia conversar del tema y, por sobre todo, saber que puede recaer, es una suerte de comodín el cual puede ocupar en caso de que la pista se le ponga difícil. No tengo recuerdos de mi madre sin cigarro por lo que cada momento que la veo aprovecho de abrazarla y sentir su olor, un olor que nunca había sentido en ella, su verdadero olor, el olor de mi madre.

\*

Los libros de mi biblioteca se ordenan y dividen en las condiciones de: regalados, prestados, robados y comprados. Dentro de los más visitados están los prestados. La ubicación y el orden en la biblioteca no varía mucho pero sí la condición de los libros, están los que pasan de prestados a robados y también los de prestados a regalados. Dentro de los prestados *Diarios de Bicicleta* de David Byrne está a punto de pasar a la sección robados, creo que es únicamente cuestión de tiempo, me hubiese gustado escribirlo, en realidad cualquier libro que ahí se encuentra desearía haberlo escrito pero no sabría cómo, es más, cuando trato de escribir algo en el computador me distraigo con las palabras subrayadas en rojo que decoran toda la pantalla, me distrae la autocorrección, no entiendo por qué palabras que se escriben bien las cambia o palabras que se escriben mal las mantiene incólumes.

Confieso que cuando logro hilar alguna idea y escribirla tiendo a olvidar el archivo o la carpeta que la contiene. La mayoría de las veces releo archivos sueltos y me doy cuenta de lo mucho que se asemeja a cualquier cosa que leí.

En mi computadora hace un tiempo, antes de desistir de la escritura, existía una novela preciosa de casi cien páginas que se encontraba íntegramente corregida, contenía un par de personajes de antología y estaba llena de datos precisos y prodigiosos, yo me pavoneaba diciendo que era una mezcla entre “*Rayuela*”, “*Papelucho perdido*”, “*La nueva novela*” y “*Estrella distante*”. En las últimas correcciones recuerdo haber separado un capítulo de cerca de treinta y cinco páginas en donde completaba dos biografías de escritores compilados en “*La literatura nazi en América*” que me parecían inconclusa y poco exactas, lo deje separado ya que deberían seguir un curso aparte y ser desarrollado como texto paralelo que serviría al lector como manual para entender el modo de operar de ciertas editoriales fascistas del cono

sur, asimismo ese texto en su epílogo contenía un extenso catálogo ilustrado de pintores nazis radicados en América, algunos incluso que operarían hasta hoy. Tampoco he podido dar con esos archivos.

En la sección robados, que es la más sagrada de la biblioteca, hay más novela y menos poesía, hay mucho de estética y de filosofía, hay hartito de semiótica y escasos cuentos infantiles. Las bibliotecas y los museos son contradictorios: asombran y asustan, pero entretienen, al igual que “*La Perla del mercader*” de Valenzuela Puelma o de Valenzuela Llano que al caso da igual.

Mi biblioteca es de madera, la leo de derecha a izquierda, tiene cuatro niveles; en su parte superior están destinados los catálogos, los ajenos y propios, los tuyos y los míos. El de más abajo lo ocupan la poesía y las novelas imprescindibles, así como también teoría del arte. En el penúltimo Latinoamérica y más novela y poesía, mientras que el de más abajo esos librotos de arte de precio de obra de arte.

No sé qué hacía ese libro en aquel nivel (el destinado a los catálogos). Hace un mes o dos que murió, aún, al igual que con otros muertos, no he podido borrar sus números de contacto ni su mail de mi teléfono. El libro, según él, era el ejemplar más exclusivo, en realidad lo decía porque fue el único que se encontraba mal encuadernado y estaba para la basura cuando lo desembalamos. Me lo regaló, lo leí, lo leí de nuevo, vi las ilustraciones de la edición, algunas no me gustaban, otras me gustaban algo. Siempre me costó pronunciar el título del libro, *Cirque Barroque* (creo que ahora también lo pronuncié mal).

Varias veces se ha incendiado Valparaíso, después nadie recoge las cenizas, él en varias oportunidades incendió el puerto, me decía que ahí nadie se hacía cargo de nada, yo le decía que en mi ciudad era igual. Las ciudades al igual que las personas siempre se olvidan en sus ruinas y desaparecen y tratan de aparecer hasta que después no tratan más y no aparecen más. Algo similar pasa en mi biblioteca.

No me acuerdo en qué auto viajábamos, pero sí de la hora. Teníamos la clase a las 08:00 hrs., él pasaba por mí a las 06:30 hrs., así nos evitamos el taco repetía. La ruta entre Viña del Mar y Valparaíso nunca ha sido del todo expresa, pero siempre exageró con la hora de salida y con la posibilidad de un atochamiento infinito.

Con el tiempo supe que era algo así como su amigo, y que esa hora en el estacionamiento antes de que abrieran la Universidad, era probablemente la más franca del día. Hablábamos de todo, de poesía, de cuentos, de fútbol, de pintura, de chismes de académicos, de ropa de

marca y de ropa americana. También hablábamos de la clase, su clase, de mi rol como ayudante y de hacerle una seña cuando el tema se fuera por el desvío, en realidad siempre sus clases transcurrían por el desvío, pero fui entendiendo que eso era lo medular de su cátedra, nunca le hice una seña, lo escuchaba y reía.

En una oportunidad estuve cerca de enseñarle un pequeño cuento que escribí, lo conservaba en un papel de roneo con manchas de líquido que impedían una íntegra lectura, la verdad no me acordaba mucho de lo que ahí faltaba y los vagos recuerdos traían a la memoria más que el texto en sí, el momento y el lugar donde lo escribí. El cuento se titulaba “Salto arriba”. Cuando lo terminé quede con ganas de enviarlo a un concurso interno de literatura escolar, la vergüenza de esos años o lo malo que me parecía el cuento lo relegaron finalmente al anonimato, después de todo el argumento era bastante simple y repetido: una persona que salta desde un edificio en el centro de la ciudad despliega un paracaídas de recuerdos y reflexiones hasta caer, sin sangre, sin llanto, sin arrepentimientos, sin funeral ni flores, simplemente una caída vertical y recta como cualquier otra.

Cerca de un año antes de que muriera, de que me dijeran que murió, lo fui a ver a su departamento-pieza-estudio-biblioteca, ahí me regalo dos ejemplares del Incendio de Valparaíso, que hoy en mi biblioteca se encuentran en la penúltima bandeja a mano izquierda, junto con más novela e historia latinoamericana; nunca le pedí que me firmara nada, pero esa vez lo hice. Planeamos algunas cosas, le conté sobre la exposición y lo mucho que me gustó el texto que escribió para ella, hablamos de Juan Luis Martínez, de la Elianita, de Vivian, de un compilado de su poesía que trabajaríamos, del Wanderers y de Curicó Unido.

La primera vez que me premiaron por algo, no han sido muchas más, Correa tuvo lo amabilidad de invitarme junto a mi madre a comer al bar inglés.

\*

## Quiromancia

Miro mi mano y tengo anotaciones a lápiz pasta azul, algunas borrosas y otras no tanto. Dentro de las borrosas hay cosas que no hice y otras que hice, de las más legibles hay cosas que no he hecho o que estoy haciendo. Hay ahí cosas realizables sin mayor esfuerzo y

otras fantásticas, increíbles o poco habituales como por ejemplo terminar una pintura o hacer un prólogo.

Según la *RAE*, prólogo viene del griego *πρόλογος* y significa al menos cuatro cosas: 1. m. En un libro de cualquier clase, escrito antepuesto al cuerpo de la obra; 2. m. Aquello que sirve como de exordio o principio para ejecutar una cosa; 3. m. Primera parte de algunas obras dramáticas y novelas, desligada en cierto modo de las posteriores, y en la cual se representa una acción de que es consecuencia la principal, que se desarrolla después; 4. m. Discurso que en el teatro griego y latino, y también en el antiguo de pueblos modernos, solía preceder al poema dramático, y se recitaba ante el público. De las cuatro definiciones, todas sirven. Hoy todas juntas son efectivas para lo que leí, en definitiva, también me sirve para lo que planeo escribir: un prólogo. Un prólogo de un poemario de alguien que conozco. Todas las definiciones aquí son una: acá está lo que antecede al cuerpo y el principio de una cosa (una gran cosa), la fundación de un drama y un discurso que se da en un lugar o, para efectos de este libro, en varios lugares.

Lugares, personas y cosas. Lugares donde hay personas que tienen cosas o cosas en lugares donde habitan personas. De eso trata lo que leí en este libro sin prólogo.

Entonces, no podré hacer otra cosa más que referirme a aquello: lugares, personas y cosas. Todo aquí se hace carne, se hace cuerpo, en definitiva, todo se hace presente.

Escribiré del eterno presente que son los poemas y lo haré desde un lugar ordinario y prescindible como lo es el prólogo. Lo complejo de escribir es que te lean y el contenido en este libro se puede leer, avanzar e ir creando imágenes mentales una y otra vez. Los lugares son y se ven, las personas tienen historias que se leen y las cosas aparecen a medida que se las nombra.

Hay quienes creen que todo está escrito en la palma de la mano y hay otros donde en su mano se lee lo que hicieron y no en el día... y así se va destiñendo la tinta azul, sin dejar huella alguna de que existió alguien o algo se hizo. En los poemas, que son por los cuales existe este libro, todo se escribe constantemente, siempre es presente y lo único que puede desaparecer sin que nada importe es su prólogo.

\*

Ayer fue el cumpleaños de mi madre, el día era precioso, muy celeste y tú, tú te veías admirable.

\*

La señora Eliana sigue enferma, está acostada, me cuenta que por todas las paredes de su pieza hay libros, calcula que unos mil quinientos. Su librería no era un lugar muy grande pero siempre estaba llena de libros interesantes. Su historia es esa: libros, poesía y amor, o, mejor dicho: amor, poesía y libros. Si a los quince años alguien me hubiese dicho que me enamoraría de él no le creería, larga una carcajada por el teléfono que termina en una tos seca y rasposa.

()

Llevo una semana sin saber noticia de la Señora Eliana, la última vez que hablamos fue para contarle sobre el depósito para los restantes libros, ella iba manejando y escuchando un tipo de música que me llamó la atención, nunca la asocié musicalmente al pop británico, en realidad nunca la asocié a ningún tipo de música. Me dijo que me llamaría. La poesía al final del día se podría resumir en un amor muerto que alguien se encarga de mantenerlo vivo.

()

\*

Hoy me llamó, me preguntó si los libros van a la misma dirección del envío anterior, le dije que sí, le conté que esa dirección corresponde a la casa de mi madre y que alguna vez también me perdí en el trayecto entre el baño y la cocina, nos reímos y me habló acerca de ese poema.

()

Mañana lunes me enviará los libros. De su amor, ya van varios años que murió, ella, me cuenta, se encarga de mantenerlo vivo y, cada cierto tiempo, tirar una que otra cosita nueva.

Cuando me preguntaron si era hijo de padres separados mi respuesta fue que no ¿Cómo iba a ser hijo de padres separados si mis padres nunca se casaron?



Cuando preguntan si soy hijo único digo que si y después rectifico. Mi hermano puede que tenga 11 años, yo seguro 33.

Mi hermano debe ser hablador, memori6n, bueno para contar historias, con excelentes calificaciones y con no muy buena letra. Le deben gustar las historietas, las im6genes de los libros, el f6tbol, la m6sica del momento, la m6sica de nuestro padre, los colores claros y la bicicleta. Mi hermano quiz6s sueña con tener ropa negra, ser arque6logo, paleont6logo o m6dico, no ir a clases, conocer el cerro, volar y tener un amor. Yo tengo un hermano y mi hermano es hijo 6nico.

\*

Con una novela que acabo de terminar, pero de leer, aprend6 que la mejor combinaci6n para una correcta escritura es papel de cuaderno cuadriculado y l6piz a pasta azul. Lo mejor de la historia es que me motiv6 a escribir algo, cualquier cosa, pero a mano, as6 tambi6n evitar6 distracciones por la decoraci6n de palabras subrayadas en rojo, para mi sorpresa ocup6 letra manuscrita no s6 por qu6 si mi letra, la que yo creo m6a, es imprenta. Trato, a medida que escribo, de tener bonita letra, al igual que Levbrero ati6ndolo 6nicamente al dibujo y no el contenido de 6sta. Avanzo, me detengo y miro. Pronto pierdo el rumbo y pienso en escribir algo, pienso en escribir sobre la nube gorda que se ve en la ventana, pienso en por qu6 no escrib6: "se asoma por la ventana", pienso en el pudor que siento al escribir sobre una nube en la ventana, es inevitable, sigo escribiendo sobre una nube en la ventana. Levanto la vista nuevamente, miro alrededor, evito la ventana, pero finalmente al verla la nube ya no est6. Pienso en lo cursi que es escribir met6foras de nubes en la ventana, de lo poco inteligente que es hacer una met6fora del tiempo, de la ventana y de la nube. No releo, s6lo veo la hoja de cuaderno y lo bien que est6 quedando ahora la letra, el dibujo de mi letra, m6s redonda, m6s clara, m6s legible.

Hace a6os que no escribo una carta a l6piz y hoja. Me gusta saber que un libro se entromete en mi intenci6n actual de escribir a mano. La ventana sigue ah6, la nube no; ahora es otra la que se enmarca en ese rect6ngulo con visillos blanco. 6Qu6 escribo ahora? 6Una met6fora sobre lo que se ve y ya no es? 6La ventana como marco? 6Nadie es el mismo? 6Nunca beber6s la misma agua del mismo r6o? (No, no era as6 la afirmaci6n), en la pregunta 6ltima, Her6clito sentenciaba que ning6n hombre puede cruzar el mismo r6o dos veces 6Porque ni el hombre ni el agua ser6n los mismos? 6No somos los mismos de ayer?

La literatura es hacer del lugar común un lugar nuevo. Mi letra con el contenido pierde su dibujo y sigo negándome a escribir sobre una nube o una ventana, me rehúso a escribir literatura.

\*

¿Una casa se construye o se constituye? ¿Una casa no es lo mismo que un hogar? ¿Cómo se llaman los que viven en una casa? ¿Por qué se asocia casa a familia? Mi familia mucho tiempo fue mi abuela, mi mamá y mi tía. Mi familia era como la pintura de J. F. Millet, “Las espigadoras”. Mi familia es una larga historia con muchos capítulos y pocas escenografías. La casa de mi familia (la casa de mi abuela) es un terreno mediano con una casa construida a lo largo y pocas piezas.

Una vez dentro del patio estuvo por un tiempo, no recuerdo cuánto, una mediagua con una señora adentro; nunca he preguntado quién era ni por qué se encontraba ahí. Siempre he pensado que la casa de mi abuela es un refugio de gente perdida. Somos todos perdidos o todos somos perdidos, de una u otra manera la casa de mi abuela ha servido para encontrarse por un momento o para, por un momento tener una compañía más o menos conocida más o menos fiable, por ejemplo: mi abuelo, en realidad mis dos abuelos, murieron mucho antes de que yo naciera, pero hay un señor que hasta el día de hoy cumple esa función, no sé nada de su historia, solo desde cuando tengo memoria hasta ahora, pero de antes nada de nada. Sé su nombre, pero no estoy seguro de su apellido, de su segundo nombre, si es que tiene, no tengo idea al igual que de su apellido materno. Siempre está sentado en el patio, invierno y verano, y aunque en la casa hay chimenea él prende carbón en su brasero y se duerme escuchando la radio a pilas sentado en un perfecto equilibrio sobre una banquita de madera que seguramente rescató de algún lado. Mi madre, del mismo modo que lo hace con su madre, le ve sus medicamentos y le recuerda la fecha del pago.

\*

Años antes solía recordar más que ahora, el ejercicio de la escritura me vacía la memoria y tengo que vivir una y otra vez para poder recordar. La pintura en cambio, siempre me llena de recuerdos y pinto para estar en diferentes lugares al mismo tiempo. Artísticamente hablando no he muerto muchas veces, pero cuando lo hago lo hago en serio, caigo en grandes y serias lagunas, algunas más profundas que otras. Hace mucho que no voy a una exposición, llevo un año ya sin exponer. La pintura de hoy consta de la misma ecuación

que la de antes, mucho espacio vacío, mucha pintura y sin personas. No hay personajes en esta pintura al igual que en casi toda las que he pintado en mi vida. Ésta se llama *Infinít loop*, hay una carretera que llega al mismo lugar siempre, es una pista de carreras, no hay auspiciadores y sube baja y vuelve a desaparecer, la tela es grande, el color que domina es el blanco y sus semejantes, un gris oscuro la cruza, del cielo ya me ocuparé más tarde, pende un arcoíris también en diferentes grises. Trabajo en el color del asfalto y lo aplico como si estuviera en esa carretera, cuadrado a cuadrado de asfalto como esas cuadrillas que se encuentran parchando la carretera siempre en el mismo lugar. Soy el propio concesionario encargado del asfalto de mi pista de carreras que concesioné a un alto costo y un tramo incierto. Trato de encontrarle un significado a la pintura, o a las palabras de la pintura que escribo, no hay mucho, sólo una pista de autos de carreras en un sitio eriazo. Pronto ese sitio que pinto podría tener un letrero anunciando un nuevo proyecto inmobiliario, esos proyectos ubicados fuera del círculo, en la periferia, el lugar destinado a los recién llegados como se sabe. El proyecto tendrá un nombre pomposo, puede ser que se llame *Alto Infinít loop* o tal vez *Lo Infinít loop*, quizá *San Infinít loop*, no sé al cabo da igual, serán casas una idéntica a otra cuidadosamente pintadas de blanco, lúcumas o café moro, tendrán tejas por supuesto, tendrán un perro café claro y antenas de televisión satelital. El eslogan que ocupará la inmobiliaria sin duda será: Un lugar para comenzar tus sueños. En el afiche, junto a esa frase, una familia en primer plano recostada en el pasto, todos sonriéndole a esa nueva vida.

\*

### Casa 3res

La cortina, además de una luz amarillenta, trasluce algo de polvo que, lejos de molestar, hace de la silla que hay atrás un objeto más dulce y hospitalario.

Hay libros de pintores y uno que otro de literatura preferentemente inglesa del periodo más prolijo de su poesía. Siempre que me encuentro con una biblioteca el olor es lo que determina mi interés.

El piso se mostraba con parqué en escala de ocres y ordenado como si fuera una espiga y, aunque estaba absolutamente completo, algunas piezas sueltas recuerdan al pasar que no hay perfección sin que algo suene.

\*

Hoy envuelves regalos, muchos regalos, para todos, para los que quieres y para los que no tanto, para los que desearías que estuviesen vivos y para los que desearías que estuviesen muertos, para los que conoces como la palma de tu mano y para los que desearías jamás haberlos conocido. Imagino que a esta hora sacas las cuentas de cuánto más gastaste de lo presupuestado, imagino lo poco que te importa haberte pasado de lo presupuestado, ya se verá más adelante. Pienso en las navidades impregnadas por el olor a esa rama de pino cortado, de corteza pegajosa, enterrado en un tarro de leche champion lleno de piedras forrado en papel de regalo, todo copiosamente adornado con motas de algodón y guirnalda de luces que se encienden y apagan en dos ritmos distintos. Pienso en las papas mayo y la carne cociéndose en la olla a fuego lento toda la tarde humeando en la cocina. Pienso en la mesa con servilletas de colores rojos y verde cortadas a la mitad para que alcancen para todos los puestos. Pienso en las personas que llegan a última hora y de imprevisto a cenar a la casa de mi abuela. Pienso en una fuente con choclo y otra con tomate, me esfuerzo en no pensar en la de porotos verdes. Imagino tu cara al ver cómo se sorprenden con los regalos que escogiste con más o menos dedicación para cada uno. Valió la pena la larga caminata en el centro atorado de gente comprando regalos para ver la cara de sorpresa de las personas que quieren. Pienso en el sol de esa tarde. Pienso en esos viejos pascueros a mal traer, deshidratados y con cada vez menos ánimo. Pienso en lo que viene esta noche, en lo que viene otras noches, pienso en tu cara, pienso en la cara de tu hijo.

\*

Hay cosas que se pierden y que nadie las busca, es casi una política instaurada. Soy cuidadoso de escribir claramente *pierden* en vez de *desaparecen*, también soy consciente de que escribir las palabras *política* y *desaparecen* a menos de una línea de distancia es complejo todavía hoy.

He aprendido que el recurso literario de prestar la voz a otro me hace perder el sentido de lo que escribo y no reacciono en buscarlo por mucho rato después cuando ya se ha dicho mucho. Escribo sin darme cuenta y lo llamo: “mi política de escritura”.

Hace rato que la voz que escribo es la de alguien menor que paradójicamente utiliza palabras

de adulto que se pierden y aparecen mientras digito una letra tras otra, signo a signo, como si de repente esa voz se diera cuenta que soy yo en tiempo pasado y comience a narrarme al oído una historia de su tiempo, pero en tiempo presente. Complejo. Esas palabras, asumo el juego, vendrían a ser mis recuerdos pero que la voz, claro está, las vive, como se escribió líneas atrás, en tiempo presente. Es ahí donde me pierdo, es justo ahí donde mi política de escritura se transforma no se cómo en política de memoria y hace desaparecer los cuerpos sin dejar rastros, sin maltratarlos, sin torturarlos, sin amordazarlos ni violarlos, pero si perdiéndolos en algún océano, flotando por ahí mientras las gaviotas les comen los ojos y sus pieles se arrugan y empalidecen cada vez más hasta irse hinchados hasta el fondo, a perderse en otro fondo, no el de una tela ni el de una hoja en blanco, sino en un verdadero fondo.

La voz del que escribo me hace desaparecer por mucho tiempo. La voz de quien le tipeo las letras que se ordenan una tras otra no sabe escribir porque aún juega sin mirar la hora y las calles donde lo hace todavía no están asfaltadas.

\*

Hay casi nueve mil palabras revisadas y ordenadas y de vuelta a su lugar sin dar rastros de algo, sí de una casa que a veces aparece entre tanto andar, casa que aún conservo su manual de confección y las llaves, en donde la gente retorna a encontrarse con gente que no conozco del todo y espero no conocer jamás.





primavera, 2020

ISBN: 978-956-402-405-9



9 789564 024059